



El toro Corcelero, un clásico miura ganador del premio al toro más bravo de la feria de San Isidro de 1988.

## El carisma legendario de los miuras

Ninguna otra ganadería a lo largo de la historia ha ejemplificado de manera tan nítida como la de Miura la eterna dualidad que preside la tauromaquia: el contraste entre la gloria y el drama. En su más de siglo y medio de historia, la variedad ha sido una de sus señas de identidad esenciales: junto al toro terrorífico, el noble y claro; junto al manso y reservón, el de bravura y boyantía ejemplares. La desigualdad, que es defecto en otras castas, es en ésta su principal rasgo de personalidad. Los miuras también son singulares por su aspecto: altos, finos y zancudos, en los que caben más de 600 kilos sin que se note. Esta casta única ha llegado hasta nuestros días gracias a una modélica familia ganadera que concilió magistralmente la búsqueda y la mejora de la bravura con la fidelidad a su carisma clásico.

Texto: Joaquín López del Ramo  
Fotos: Martín, Botán, y archivos de Miura y J. L. del Ramo

Para el entender las características de los miuras hemos de ir a sus orígenes, porque la huella ancestral está profundamente marcada en ellos. El actual toro de Miura es el que mejor ha mantenido los estereotipos de la vieja casta Cabrera, una de las sangres fundacionales del toro bravo, de la que es el único vestigio vivo: fineza de piel, gran alzada, mucho hueso, cuello largo, capas variopintas, testas cariava-

cadras, mirada fija y viva, agilidad, nervio y poder. Las sucesivas mejoras en la selección y algunos cruces con otras sangres encauzaron este arisco temperamento hacia la bravura y la nobleza, aunque no completamente...porque los miuras "de toda la vida" aún siguen existiendo.

### CREACIÓN DEL MITO

El embrión de la ganadería fue plantado en el año 1842, cuando don Juan Miura compró a Antonio Gil Herrera un lote de vacas procedentes de Gallardo, la mayoría de las cuales fueron eliminadas. La base genética esencial se conformó entre 1849 y 1852 mediante sucesivas adquisiciones de reses de Alvareda y Jerónima Núñez de Prado, todas ellas originarias de Cabrera. Parte de aquellas vacas fueron cruzadas con dos toros de Arias Saavedra, de origen Vistahermosa, cuyos productos se herraron en la zona superior del anca para distinguirlos de los puros cabreras, que son tatuados en la parte baja, costumbre que se ha mantenido hasta la actualidad.

Don Juan Miura era un artesano del gremio sombrerero afincado en Sevilla y compró la ganadería para satisfacer la gran afición al campo bravo de su hijo Antonio, quien, fallecido su progenitor, sería titular de la misma entre 1861 y 1893. Este fue el periodo en el que los

miuras alcanzaron la fama que desde entonces les ha acompañado. A ello contribuyeron muchos ejemplares de fiera bravura, caso de *Sevillano* o *Cigarrero*, lidiados ambos en Madrid, y especialmente el toro que estrenó la leyenda negra de la ganadería: *Jocinero*, un ensabanado capirote, que el 20 de abril de 1862, mató a José Rodríguez *Pepete*. Cuando el valentísimo diestro cordobés efectuaba un quite. Esta tragedia, acontecida en la vieja plaza madrileña de la Puerta de Alcalá, produjo una gran impresión, e incluso dió lugar a una oportuna interpelación parlamentaria contra la fiesta de los toros.

Durante el periodo de Antonio Miura Fernández se realizaron dos nuevos cruces, pero con una influencia muy limitada. El primero, en 1879, con un toro indultado de Manuel del Val, originario de casta navarra, que le regaló a Miura el gran torero Lagartijo. El segundo fue con un castaño ojinegro del duque de Vergara, que llegó a casa de Miura a raíz de un acuerdo para el intercambio puntual de progenitores entre ambos ganaderos.

Fallecido don Antonio Miura Fernández en 1893, pasó la ya famosísima ganadería a su hermano Eduardo, en cuyas manos estuvo hasta el año 1917. Durante esta etapa, experimentó un gran crecimiento, sobrepasando el millar de va-

cas de vientre, lo que le permitió lidiar un promedio de 173 toros por temporada, cifra elevadísima para la época.

Aquél mítico don Eduardo "el de las patillas", como se le conocía familiarmente, debió ser un personaje de fina inteligencia y agudo sentido comercial. Su mandato coincidió cronológicamente con el tránsito desde la tauromaquia decimonónica a los albores del torero moderno. Sin embargo, mantuvo un concepto del toro absolutamente continuista, prevaleciendo la dureza, agresividad y sentido ya tradicionales. Este fue uno de los motivos del famoso "Pleito de los Miuras", impulsado en 1908 Bombita, Machaquito y otros toreros importantes, que pretendían cobrar honorarios más altos cuando se enfrentaran a los toros de Miura, alegando su especial peligro. La intentona resultó frustrada, lo cual de por sí fue muy sintomático sobre las fuerzas de unos y otros.

Si nos ceñimos sólo a la vieja plaza de Madrid, entre los ejemplares que más contribuyeron en estos años a mantener la fama del apellido Miura, en sus dos caras, triunfal y trágica, podemos recordar varios como *Perdigón*, causante de la cornada mortal a Manuel Díaz *El Espartero* la tarde del 27 de mayo de 1894, hecho teñido de ribetes románticos que causó un gran impacto en la opinión pública



Tres generaciones ganaderas: Antonio y José Miura Hontoria (apoyados en la pared), Eduardo Miura Fernández (tomando notas) y Antonio y Eduardo Miura Martínez (los dos niños).

por la popularidad del diestro; *Berberino*, un colorado con el que obtuvo un notable éxito Antonio Fuentes en el año 1900; el celeberrimo y fiero *Catalán*, lidiado con grandes fatigas por Bombita el 5 de octubre de 1902, o *Colmenero*, estoqueado el 14 de marzo de 1906 por Maququito.

### EL MIURA CONTEMPORÁNEO

Cuando finalizaba la segunda década del siglo XX, la demanda de las empresas hacia los toros de Miura seguía siendo alta. Los grandes astros del torero eran Joselito y Belmonte, y ambos ya habían logrado éxitos históricos imponiéndose a los correosos cornúpetas de don Eduardo. Pero la imagen de la ganadería, ya un tanto maltrecha desde el antes mencionado pleito, empeoró debido a las mayores y más ácidas críticas hacia su bajo nivel juego, cuya bronquedad ocultaba una falta de bravura, fruto a se vez de una selección volcada a la cantidad en detrimento de la calidad.

Así las cosas, en 1917 tuvo lugar el fallecimiento de don Eduardo, y la ganadería pasó a manos de sus hijos, José y Antonio Miura Hontoria. Ese mismo año, los hermanos Miura cruzaron un lote selecto de reproductoras con el semental *Banderillo*, de la marquesa de Tamarón. El momento tan temprano de este cruce y

la elección de dicha ganadería hablan muy a las claras de que los Miura eran conscientes de la crisis y querían superarla rápidamente, para lo cual, además de reducir drásticamente el número de vacas, buscaron un toro de la ganadería que estaba marcando la pauta en la evolución hacia el toro moderno, bravo pero a la vez noble y con duración. La ganadería de Tamarón, entonces dirigida por el gran Ramón Mora-Figueroa, era una fuente de bravura excepcional, y no se debe obviar otro detalle significativo, cual era la gran amistad de Joselito con ambas familias ganaderas y, consecuentemente, la influencia que pudiera haber tenido en esta operación.

Fruto de las anteriores medidas, a partir de los años 20 los astados miureños empezaron a adquirir características de las que hasta entonces casi habían carecido: nobleza en los engaños, bravura con entrega, sin reservas, incluso humillando, y más duración. La diferencia con otras ganaderías es que, junto a los "nuevos" siguieron saliendo los endemoniados miuras de antaño y que, por su temperamento e imponente presencia, ni unos ni otros dejaron de ser y parecer miuras. Aparte de ello, el desgraciado azar quiso que su ejecutoria trágica también se mantuviera con el paso de los años, y todo ello configuró el perfil

contemporáneo de la ganadería. Así llegó en 1940 a manos de su siguiente propietario: Eduardo Miura Fernández, hijo de Antonio Miura y biznieto del fundador, quien ostentó la titularidad hasta su muerte, en 1996.

Los miuras pisaron por vez primera el ruedo de Las Ventas el 22 de junio de 1939; esa tarde mostraron aviesas intenciones, y con ellos se las vieron El Estudiante y Curro Caro. Volvió a anunciarse la ganadería el 29 de junio de 1940 y de nuevo los miureños sacaron mala catadura. El 5 de septiembre de ese mismo año se lidió a plaza llena una novillada que estoquearon Morenito de Valencia, Domingo y Pepe Dominguín. No hubo orejas, pero fue reconocida como una gran gesta torera de los "chiquillos" de Dominguín. Ello frente a un encierro que, según lo publicado en *Abc*, fue "de presentación miureña y de miureñas intenciones, tal como la leyenda los define". Otra gesta fue la alternativa de Antonio Bienvenida, acontecida en Las Ventas el 9 de abril de 1942, que también era el debut en nuestra plaza del entonces joven ganadero sevillano. El toro de la ceremonia se llamó *Cabileño*, y resultó tan deslucido como el resto de sus hermanos. Volvió a lidiarse otra corrida de este hierro el 1 de agosto de 1943, y tuvo parecidos resultados a la anterior.

Aunque en esas primeras comparencias en la Monumental los miuras sacaron su cara hosca, por aquellos años de la postguerra la evolución a mejor de la ganadería era muy evidente. Ahí quedaron para la historia los éxitos apoteósicos de Manolete en las ferias de Sevilla de 1940 y 1945, o de Pepe Luis Vázquez el 19 de abril de 1941 en la misma plaza. Figuras del nivel de Luis Miguel Dominguín, Parrita, Manolo González o Antonio Ordóñez despacharon los encierros de don Eduardo en esta década y la siguiente en muchas plazas, pero lo hicieron pocas veces en Madrid.

Los modestos Cañitas, Julián Marín y Luis Mata estoquearon el encierro de Miura lidiado en Las Ventas el 21 de julio de 1946, en el que por fin saltaron algunos toros de juego estimable. No podían faltar los miuras en la primera feria de San Isidro de la historia, y así, el 18 de mayo de 1947 se lidió un desigual encierro de esta casa que despacharon Pepe Bienvenida, Pepe Luis Vázquez y Pepín Martín Vázquez, quien realizó



Pase de pecho de Ángel Teruel al magnífico toro Espadero, en la feria de San Isidro de 1976. Obsérvese la forma de humillar del miura.

una gran faena malograda con el estoque. Repitió la ganadería en la feria del santo de 1948 con los espadas Gallito, Luis Mata y Niño de la Palma, y en esa corrida ya predominaron las embestidas nobles y claras. La siguiente comparecencia en Madrid no llegó hasta el 11 de mayo de 1952, con Antonio Bienvenida, Rafael Llorente y Manolo Navarro en el cartel. Aquí saltaron varios toros de gran nobleza, boyantía y bravura, cuyos nombres eran *Jabato*, *Plegatero* y *Barrraco*.

Los aficionados madrileños tuvieron que esperar más de una década para volver a ver a los pupilos de don Eduardo en el ruedo de Las Ventas. Fue el 25 de mayo de 1965, y de nuevo los toros no tuvieron nada de terroríficos, sino todo lo contrario, fueron nobles y boyantes. Los toreros triunfaron, sobre todo El Viti, que cuajó una faena de dos orejas al muy noble cárdeno *Jareño*; Curro Girón dio la vuelta al ruedo en su primero y Andrés Vázquez cortó una oreja al mejor toro, *Hocicudo* de nombre, que embistió con bondad, largura y codicia. La corrida de 1966 sacó una gran nobleza, sin que Bienvenida, Ostos y Murillo lucieran demasiado con ella. No fue positivo el juego de la de 1967, incluso un toro recibió las banderillas negras. En cambio, la corrida lidiada el 26 de mayo de 1968 tuvo buen son, en especial dos ejemplares sobresalientes, llamados *Encendido* y *Jabato*.

Excepción hecha de un toro que lidió Paco Camino en la corrida de Beneficencia de 1970, Miura volvió a ausentarse de la Monumental hasta la feria de San Isidro de 1973. De los cuatro toros lidiados en la reaparición uno fue condenado a banderillas negras, y únicamente fue bueno el primero, de nombre *Majano*, estoqueado por Dámaso Gómez. El torero madrileño y Ruiz Miguel torearon también las corridas de 1974 y 1976. En la primera de éstas tuvieron toros excelentes: *Laneto*, al que Dámaso cortó un trofeo, y *Haraposo*, cuya magnífica embestida aprovechó Ruiz Miguel para cortar las dos orejas. Ambos espadas se anunciaron junto a Ángel Teruel y los miuras el 29 de mayo de 1976; todos dieron vueltas al ruedo y Teruel cortó una oreja al bravo y nobilísimo *Espadero*. Esta etapa se cerró de forma muy brillante en la feria de 1977, merced al superior toro *Aguardentero*, que obtuvo el premio del ayuntamiento al más bravo de aquél San Isidro.



El Viti toreando al natural el día de su gran triunfo con los miuras en la feria de San Isidro de 1965.

### PRESENTE Y CONTINUIDAD

Fiel en todo a sus propias tradiciones, la ganadería volvió a ausentarse de Las Ventas durante una década. Quizás en ello tuvo influencia la campaña difamatoria emprendida contra don Eduardo a comienzos de los años 80 emprendida por ciertos mercaderes de la crítica, en base a falsas y ridículas denuncias de afeitado. Aunque la maniobra afectó mucho al ánimo del intachable y caballero don Eduardo, si bien al final todo quedó en ruido sin fundamento, como no podía ser de otra forma.

La siguiente reaparición fue el 20 de mayo de 1987 con un encierro de impresionante trapío que despacharon Ruiz Miguel y Tomás Campuzano, en el que sobresalió por su buen son un toro sardo llamado *Escogido*. Aún más completa fue la corrida lidiada el 17 de mayo de 1988, que se llevó varios premios a la mejor de San Isidro. Fue una miurada de libro, que combinó peligro, emoción, bravura y nobleza; Manili logró esa tarde el mayor triunfo de su carrera, y el toro *Corsejero* se llevó el trofeo del Ayuntamiento al más bravo de la feria.

Durante la década siguiente los miuras vinieron a Madrid de forma consecutiva en las ferias de 1991, 1992, 1993 y 1994. En todas estas corridas prevalecieron la dureza y las dificultades eso sí, envueltas en una estampa impresio-

nante. Sólo algún ejemplar suelto desarrolló buen juego, como *Hacedor*, jugado en 1992. A lo largo de los últimos años, el mítico hierro únicamente ha estado presente en Madrid en San Isidro de 2004, y lidió uno de los toros más importantes de la feria: el cárdeno bautizado con el curioso nombre de *Pepón*, que fue bravo y desarrolló una embestida noble, larga y alegre, propicia para el toreo grande.

Tras el fallecimiento de don Eduardo Miura, en 1996, tomaron el relevo Eduardo y Antonio Miura Martínez, que ya llevaban muchos años empapándose de la sabiduría ganadera de su padre, como éste hiciera de sus antecesores, y aquellos de los suyos. Es lógico que en esta última etapa tampoco haya variado la línea de la vacada, ni en su clásica morfología, ni en su juego variado e irregular. Esto siempre han despertado las mismas y tópicas críticas: si salen nobles, se dice que “ya no parecen de Miura”, y si salen broncos, se trata de “mansos que no sirven para el torero moderno”.

Los éxitos de la temporada 2009 han acallado muchas voces, pero más allá de vaivenes, la ganadería de Miura mantiene el mismo sitio de siempre. Su prestigio y personalidad siguen intactos después de tantos años, lo cual es por sí mismo un hecho que avala el trabajo excepcional de una familia ganadera de la misma categoría. 